

MASACRE DE INTELLECTUALES

No veo mayor diferencia entre las bandas nazis sembrando el terror en la Alemania de 1933, quemando bibliotecas, asesinando judíos y arrastrando por las calles a los profesores universitarios y las bandas que se han adueñado de la Argentina y repiten puntualmente las mismas iniquidades. Salvo que aquellas generaron un clamor del mundo civilizado que comenzó a organizarse para contenerlas y éstas, después de sus triunfos similares en Chile y Uruguay, son vistas como actividades rutinarias. Por muchos aspectos las semejanzas son inquietantes: la más culta y evolucionada nación europea, Alemania, fue arrollada por una barbarie que procedía de ella misma; la más educada nación latinoamericana, (la más alta alfabetización, la mayor industria editorial, el medio artístico más nutrido) ha sido presa de la barbarie que ejercen los propios ciudadanos. Incendiar el Reichstag o fusilar opositores sin juicio al pie del Obelisco, en pleno centro de la ciudad, son acciones equivalentes. La lectura en estos días de algunos textos recontando el "incontenible" ascenso del fascismo europeo, alucina con imágenes casi idénticas a las de la crónica periodística sobre Argentina.

Más que el desprecio, es el odio a la inteligencia y al saber los que mueven la ferocidad de las bandas asesinas. El hombre de libros, el de sentencias y dictámenes como alguien dijo del patriota Laprida, es el enemigo: su capacidad para pensar, para trabajar en la modernización del país venciendo el atraso técnico y científico, para tasar equilibradamente las necesidades de sus pueblos, ~~xxxxx~~ ~~xxxxxxxx~~ todo eso es la amenaza para las fuerzas regresivas. No se equivocan. No se trata de repetir los esquemas de federales y unitarios de la época de Rosas a que son tan afectos los historiadores argentinos, ni los esquemas de la época peronista vistos bajo la misma óptica. Todos ellos han resultado subvertidos hoy por otra dicotomía que sólo puede comprenderse evocando la destrucción de la cultura que cumplió el nazismo en la década de los treinta.

En un minucioso recensamiento, dos investigadores norteamericanos, D. Fleming y B. Bailyn, analizaron The Intellectual Migration: Europe and America 1930-1960 (Cambridge, 1969), demostrando cabalmente la soberana riqueza que fue para Estados Unidos la migración de intelectuales europeos huyendo del nazi-fascismo y del stalinismo, llenando sus universidades, sus institutos técnicos, sus laboratorios y contribuyendo al fabuloso empuje de la cultura norteamericana contemporánea. Pero ellos no perciben la otra cara del fenómeno: el empobrecimiento intelectual de los países europeos que, cuando se refiere a lo que está ocurriendo en la Argentina y ya ocurrió en Chile y Uruguay, adquiere rasgos patéticos. La diáspora de científicos, técnicos, profesores, intelectuales, artistas, que en

su mayoría han sido absorbidos por Europa y Estados Unidos (más Brasil, que aunque tiene un régimen militar y opresivo actúa con mayor inteligencia) implica una pérdida irreparable para cualquier nación latinoamericana, cuyos recursos intelectuales y educativos sufren siempre de graves limitaciones y son difícilmente reemplazables.

La coartada de este salvajismo, tanto en Alemania ayer como en Argentina hoy es la lucha contra comunistas y otros izquierdistas. Con ello se consiguió que fuertes sectores de la población contemplaran con indiferencia la masacre, pues a ellos no "les concernía". Eso permitió que las bandas liquidaran ordenadamente sus sociedades: primero los más beligerantes, después los apacibles burgueses descubrieron con sorpresa, al borde de la ejecución, que también ellos "eran comunistas". Una triste historia de la guerra fría, cuenta la llegada a la frontera de un país comunista de una manada de conejos que reclaman desesperadamente el derecho a salir. Ante las preguntas de los guardias aducen que ha sido dictado un decreto por el cual se cortará el pescuezo a todas las jirafas. "¿Y por qué se preocupan si ustedes son conejos?" le responden, "Sí, sí -contestan aterrados- pero ¿quién lo prueba?".

Los intelectuales del radicalismo argentino que comienzan a "desaparecer" en la Argentina como antes desaparecieron Haroldo Conti, Francisco Urondo, Miguel Ángel Bustos y centenares de argentinos, como antes fueron asesinados políticos extranjeros (Michellini, Gutiérrez, Torres) que se habían confiado al amparo de la nación, han sido menos previsores que los conejos del cuento. Al parecer el general Lanusse ya está "comunizándose".

El "alguien" que contó la muerte de Laprida a manos de las turbas montoneras fue Jorge Luis Borges. Debo decir que ya no me hacen gracia sus paradojas e irreverencias, cuando leo que ante este espectáculo macabro se atreve a decir de quienes dirigen esta cacería que son unos "caballeros". Ni siquiera ha alcanzado la sabiduría del conejo: un intelectual liberal le parecía digno de la jaula, pero uno de izquierda le resulta una res apropiada al matadero público, como la imagen de uno de sus cuentos pesadillescos. Si esta ola bárbara no es contenida, un día lo veremos también "comunizado".

Angel Rama